

La espiral de oro

Los kayan figuran entre los pueblos más interesantes de la actualidad. Sus orígenes están rodeados de míticas historias y fabulosas leyendas. Se los conoce como “la gente de la espiral de oro”.



Pertenecientes al grupo étnico de los karen, considerados como el pueblo de la luz, la plata, los colores y el oro, los kayan o padaung (que significa “cuello largo”) viven actualmente en Birmania, cerca de la frontera tailandesa. Habitan en las denominadas montañas del Triángulo del Oro, en plena jungla. Esta zona, donde las lluvias son diarias y el calor y la humedad se hacen a veces insostenibles, es conocida por sus extensos cultivos de opio, los traficantes y por ser territorio de intensos enfrentamientos entre la guerrilla y los soldados birmanos. Los kayan son considerados “los guerreros de la espiral de oro” porque han conseguido mantener su aislamiento cultural a cambio de luchar contra el comercio del opio y contra el ejército dictatorial de Birmania, además de ser, hasta hace pocos años, cazadores de cabezas.

Hablan una lengua tibeto-birmana y son animistas, lo cual significa que sus creencias religiosas se rigen por el culto a la Naturaleza, atribuyendo vida y divinidad a los distintos elementos que la componen. Su economía de subsistencia se basa en la caza y la recolección y, debido a que la zona no es propicia, en contadas ocasiones cultivan la tierra. Además, a menudo abandonan su territorio a causa de los enfrentamientos con el ejército. Esto último, junto con enfermedades como la malaria y la disentería, ha reducido sensiblemente la población. Por esta misma causa son una sociedad polígama, donde la regla matrimonial predominante consiste en que un hombre puede tener varias mujeres, lo que conlleva una fuerte exigencia de fidelidad hacia el marido. A cambio, se asegura una teórica perpetuación de la tribu.



Los anillos también suelen colocarse en brazos y piernas. En algunos casos, están adornados con monedas, sortijas y toda clase de objetos brillantes.

Para garantizar la fidelidad matrimonial, los hombres idearon un cruel castigo en caso de adulterio, consistente en retirar la espiral de anillos que las mujeres llevan alrededor del cuello y que les impide mantener la cabeza en una posición normal. También se cree que estos anillos sirven para protegerlas de las agresiones de los tigres. Sin embargo, éstos no son los verdaderos motivos por los que las mujeres los llevan, más bien son una consecuencia. Para encontrar los orígenes de esta costumbre debemos recurrir a su leyenda, según la cual un anciano pidió a sus siete hijos que partieran, cada uno por su lado, a la búsqueda de un lugar propicio para fundar un pueblo. «Cavad un gran agujero y esperad al día siguiente —les dijo— y si no queda rastro de vuestro paso, entonces podréis construir la primera casa.» Hicieron lo que el anciano les había dicho. A la mañana siguiente, los agujeros habían desaparecido pero descubrieron que en cada uno de los siete lugares había aparecido una vara de oro. Las utilizaron para marcar los límites de la tribu y fundaron la primera aldea kayan. Acosados por los invasores, tuvieron que huir a la jungla, llevándose consigo las siete varas de oro, que se convirtieron en el signo de la unidad del pueblo. Los hombres se las colocaron alrededor del cuello, pero como las espirales les molestaban para luchar, tuvieron que renunciar a ellas y pedir a las mujeres que las llevaran en su lugar.

Los anillos, además de servir como adorno, indican la riqueza y posición social del individuo. Pueden ser de oro o cobre. Se colocan por primera vez a los cinco o seis años de edad y suelen tener unos 10 cm de alto. Las niñas se preparan para ello estirándose la cabeza las unas a las otras. Luego, el hechicero (Bedin-Saya) aplica un masaje en el cuello con un ungüento cuya fórmula es secreta. Finalmente, coloca el anillo alrededor del cuello. Este proceso va acompañado por una serie de ceremonias y rituales. Al cabo de unos meses se reemplaza por otra espiral mayor y así sucesivamente.

El cuello de las mujeres puede llegar a alcanzar una altura de 28 a 30 cm. Si se quitaran los anillos, tendrían que vivir acostadas, pues el cuello ya no se mantendría firme. Por este motivo, muchas son reacias a llevarlos y se los quitan antes de que alcancen esa altura. El lavado del cuello lo realizan deslizando un paño mojado por dentro de los anillos y de esta manera los desoxidan y evitan la formación de moho. Esta operación se lleva a cabo dos veces al día.

Esta costumbre se ha mantenido a lo largo de los años y constituye un símbolo de identidad cultural y de supervivencia del pueblo kayan.